

testaban algunos hombres, con voz menos fuerte, más humilde, como deben cantar los asistentes.

De pronto el *Kirie Eleison* subió al cielo, lanzado por todos los pechos y todos los corazones. Granos de polvo y fragmentos de vieja madera cayeron de la vieja bóveda sacudida por aquella explosión de gritos. El sol que fulguraba sobre las pizarras del techo convertía el templo en un horno, y una gran emoción, una espera ansiosa, la proximidad del inefable misterio oprimían el corazón de los niños y la garganta de las madres.

El sacerdote, que había estado sentado algún tiempo, se volvió á levantar y desnuda la cabeza, coronada de sus blancos cabellos, con movimientos temblorosos, apresuraba el acto sobrenatural.

Se volvió hacia los fieles y, con las manos extendidas, pronunció: *Orate fratres*, orad, hermanos. Todos rezaban. El anciano sacerdote balbuceaba en voz baja las palabras misteriosas y supremas, la campanilla tocaba; la multitud prosternada invocaba á Dios; los niños como que desfallecían.

Entonces fué cuando Rosa, con la frente entre las manos, recordó de repente á su madre, su aldea, la iglesia, su primera comunión. Se creyó vuelta á tal día, cuando era tan pequeñita, con su traje blanco, y rompió á llorar. Lloró dulcemente primero, las lágrimas salían lentas de sus párpados: luego, con los recuerdos, creció su emoción, y sollozó desconsolada. Había sacado el pañuelo, se enjugaba los ojos se apretaba nariz y boca para no gritar; fué en vano: una especie de estertor salió de su garganta

y otros dos suspiros profundos, desgarradores, le contestaron, pues sus dos vecinas, Luisa y Flora, oprimidas por iguales recuerdos lejanos, gemían también derramando torrentes de lágrimas.

El llanto es contagioso. La *Señora* sintió que se le humedecían los párpados y al volverse hacia su cuñada, vió que todas las mujeres de su banco lloraban.

El sacerdote engendraba el cuerpo de Dios. Los niños no pensaban y sentían un pavor religioso que no podían dominar, y en la iglesia, aquí y allá, alguna madre ó hermana, ganada por la rara simpatía de las emociones desconsoladoras, ganada quizá también por el ejemplo de aquellas elegantes damas que lloraban sin tregua, llevaba el pañuelo á los ojos y con la otra mano oprimiase el corazón para moderar sus latidos.

Así como una chispa prende fuego á un campo maduro, así las lágrimas de Rosa y de sus compañeras ganaron, en un instante á toda la multitud. Hombres, mujeres, viejos, mozos, todos sollozaron bien pronto y sobre su cabeza parecía cernerse algo sobrehumano, un alma palpitante, el soplo de un sér invisible y todopoderoso.

Entonces se oyó en el coro un golpecito seco. La hermana, golpeando su libro dió la señal de la comunión y los niños tiritando á impulsos de una fiebre divina, se aproximaron á la mesa santa.

Toda una fila se arrodillaba. El sacerdote, sosteniendo en la mano el copón dorado, les ofrecía con la

otra la hostia santa, el cuerpo de Cristo, la redención del mundo. Abrían la boca con espasmos, con visajes nerviosos, cerrados los ojos, pálido el rostro y la larga tela blanca que tenían bajo la barba se estremecía como el agua que corre.

De pronto un aura de locura sopló en el templo; un rumor de muchedumbre delirante, una tempestad de sollozos y de gritos ahogados. Parecía algo así como una de esas ráfagas que conmueven los bosques. El sacerdote permanecía de pie, paralizado por la emoción, diciendo: "Es Dios, es Dios que está entre nosotros y manifiesta su presencia, que baja á mi voz sobre su pueblo arrodillado." Y balbuceaba oraciones sin palabras, rezo del alma que ascendía con furia al cielo.

Acabó de dar la comunión con tal sobreexcitación de fe, que le flaquearon las piernas, y cuando hubo bebido la sangre de su Señor, se abismó en un acto de fervientes gracias.

A su espalda poco á poco se calmaba el pueblo. Los chantres entonaban de nuevo con voz menos firme, como mojada en lágrimas; y hasta el serpentón parecía enronquecido, como si el instrumento hubiese llorado.

Entonces el oficiante, elevando las manos, les hizo seña de que callaran y pasando entre las filas de los niños que habían comulgado, llegó á la verja del coro.

Los concurrentes se habían sentado armando ruido de sillas y casi todos se sonaban con estrépito.

Cuando vieron al cura, callaron todos y él empezó á hablar en voz baja, trémula, como vacilante.

"Queridos hermanos, queridas hermanas, queridos niños; os doy las gracias desde el fondo de mi corazón. Acabáis de darme la mayor alegría de mi vida. He sentido á Dios que bajaba á mi llamamiento. Estaba entre nosotros, llenaba vuestras almas, hacía desbordar vuestros ojos. Soy el párroco más viejo de la parroquia; soy también el más dichoso. Un milagro se ha producido; un grande, verdadero, sublime milagro. En tanto que Jesucristo entraba por primera vez en el cuerpo de estos niños, el Espíritu Santo, el soplo de Dios, se ha apoderado de vosotros, os ha dominado, encorvado como las cañas al soplo de la brisa."

Luego, con acento más claro, volviéndose hacia los dos bancos en que estaban los invitados del carpintero, exclamó:

"Gracias ante todo á vosotras, queridas hermanas, que de tan lejos habéis venido y cuya presencia entre nosotros, cuya fe viva, cuya piedad visible, han sido para nosotros un saludable ejemplo. Sois la edificación de mi parroquia; vuestra emoción ha caldeado los corazones; sin vosotras quizás este día no hubiese tenido un carácter tan verdaderamente divino. A veces basta una sola oveja escogida para decidir al Señor á bajar junto á su rebaño."

Ahogábale la emoción. Añadió: "Tal es la gracia que os deseo. Amén." Y volvió á subir al altar para terminar el oficio.

Todos sentían ya ganas de salir. Hasta los niños

se agitaban cansados de tan larga tensión de espíritu. Sentían apetito y los padres desfilaban sin esperar el último evangelio, pues había que ultimar los preparativos para el *gaudeamus*.

A la salida se armó un *quiriguay* de mil diantres. Todos charlaban, comunicándose sus impresiones. La gente formó en dos filas y cuando salieron los niños, cada familia se precipitó hacia el suyo.

Constancia se vió rodeada y acariciada por todas las pupilas de la *Señora* y por ésta también. Rosa, sobre todo, no se cansaba de abrazarla. Por fin la cogió una mano, la señora Tellier se apoderó de la otra; Rafaela y Fernanda levantaron la larga cola de musolina para que no arrastrara por el polvo; Luisa y Flora cerraban la marcha con la señora Rivet; y la niña, recogida, penetrada del Dios que llevaba en sus entrañas, echó á andar entre su escolta de honor.

El festín estaba preparado en el taller en largas mesas.

La puerta dejaba entrar la alegría toda de la aldea. En todas las casas se comía, se celebraba la fiesta. Por cada puerta y ventana se veían mesas rodeadas de gente con los vestidos de los domingos y de todas las casas salían gritos de alegría. Los aldeanos, en mangás de camisa, bebían sidra pura á grandes copas y en el centro de cada reunión se veía á un niño ó á una niña, que eran los héroes ó el pretexto de la fiesta.

A veces, desafiando el bochorno de la mañana, pasaba un charabán al trote de un caballo y el ca-

rretero que guiaba, lanzaba una mirada de envidia á la comilona que veía.

En casa del carpintero la alegría era más reservada, quizá por efecto de la emoción de la mañana. Unicamente Rivet estaba contento del todo y bebía descompasadamente. La señora Tellier miraba la hora á menudo, pues para no holgar dos días seguidos, era preciso tomar el tren de las 3'55, que las dejaría en Fecampo al anochecer.

El carpintero hacía todo lo posible para que se quedaran hasta el día siguiente; pero su hermana no transigía y deseaba marchar á toda costa, y era mujer que no admitía bromas en asunto de negocios.

Tan pronto como hubieron tomado el café, ordenó á sus pupilas que se prepararan y dijo á su hermano:

—Ea, engancha pronto.

Ella, por su parte, hizo sus últimos preparativos.

Cuando bajó, su cuñada la esperaba para hablar de la niña. Tuvieron una larga conversación sin resolver nada en definitiva. La aldeana procuraba sacar partido á fuerza de astucia; pero la señora Tellier, que tenía la niña sobre las rodillas, hacía promesas vagas sin comprometerse á nada, diciendo que había tiempo para todo.

El coche no llegaba y las mozas no salían. Se oía arriba una gran algazara. Entonces, mientras la esposa del carpintero iba á la cochera para ver si venía el coche, la patrona subió arriba.

Rivet, ya calamocano y á medio vestir, trataba en vano de violentar á Rosa, que se moría de risa,

Las dos Bombas le contaban y trataban de calmarle, pues aquello les chocaba después de la ceremonia de la mañana, pero Rafaela y Fernanda le excitaban reventando de risa, lanzando alegres chillidos á cada esfuerzo infructuoso del borracho.

Rivet, furioso, con el rostro congestionado, hacía violentos esfuerzos y gritaba á Rosa:—“¿De modo que no quieres, cochina? Pero la patrona indignada se lanzó sobre su hermano, le cogió por los hombros y le empujó tan brutalmente, que fué á dar contra la pared.

Un minuto más tarde, Rivet tomó una ducha bajo el chorro de la bomba, y al reaparecer, estaba tranquilo del todo.

Emprendieron el camino como la víspera, y el caballo blanco trotó vivamente.

La alegría almacenada durante la comida, estalló bajo el calor y el sol de la carretera. Las mozas charlaban, reían, se empujaban unas á otras y comentaban con grandes carcajadas las vanas tentativas de Rivet.

Una claridad vivísima inundaba los campos; y las ruedas levantaban una polvareda que seguía la marcha del carruaje.

De pronto, Fernanda, á la que gustaba mucho la música, rogó á Rosa que cantase, y ésta entonó alegremente el *Gros Curé de Mendón*. Pero la señora la hizo callar, pues no le parecía decente aquella canción en tal día.

—Cántanos algo de Beranger.

Rosa, después de vacilar unos momentos, se decidió, y con su voz cascada, empezó la *Grand Mère*:

Ma grand'mere un soir á sa fête
De vin pur ayant bu deux doigts,
Nous disait en branlant la tête.
Que d'amoureux j'eus autrefois!
Combien je regrette
Mon bras si dodu,
Ma jambe bien faite,
Et le temps perdu!

Y el coro de las mozas, guiado por la propia Señora, repitió:

Combien je regrette
Mon bras si dodu,
Ma jambe bien faite,
Et le temps perdu!

—¡Al pelo!—declaró Rivet, á quien gustó la cadencia. Rosa prosiguió:

Quoi maman, vous n'étiez pas sage!
—Non, vraiment! et de mes appas
Seule, á quinze ans, y'appris l'usage,
Car, la nuit, je ne dormais pas.

Cantaron todos á coro el estribillo. Rivet daba con el pie en la vara del carro y con las riendas en el lomo del caballo, el cual, como para seguir el ritmo, tomó el galope, un galope desenfrenado que hizo que las mujeres cayeran unas sobre otras.

Se levantaron riendo como locas y la canción prosiguió cada vez más clamorosa. El caballo, entusiasmado á su vez, galopaba siempre que el coro entonaba el estribillo, con gran regocijo de los viajeros.

De trecho en trecho, un machacador de piedra levantaba la cabeza y miraba á través de su careta de alambre aquel carruaje que pasaba armando tal algazara.

Cuando bajaron en la estación, el carpintero se enterneció y dijo:

—¡Es lástima que os marchéis tan pronto! ¡Nos hubiésemos divertido de lo lindo!

La *Señora* contestó con gran sensatez:

—Un poco de cada cosa: no se puede uno divertir todo el día.

Entonces se le ocurrió una idea á Rivet:

—¡Toma! Iré á veros á Fecamp el mes que viene.

Y miró á Rosa de cierto modo, con intención bien clara.

—Bueno—dijo su hermana—ven si quieres; pero no hay que pensar en hacer tonterías.

No contestó, y como ya había silbado el tren, empezó á repartir besos á todas. Cuando le llegó el turno á Rosa, se ensañó con ella y quería besarla en la boca, que la moza hurtaba con destreza. La tenía abrazada, pero no podía conseguir su deseo, embarazado por la fusta que conservara en la mano y que, en sus esfuerzos, agitaba con violencia junto á la espalda de la chica.

—¡Viajeros para Ruán, al tren!—gritó un empleado. Subieron.

Se oyó un silbido ahogado por la poderosa voz de la locomotora que, lanzando un chorro de vapor, empezó á mover sus ruedas.

Rivet, al dejar la estación, corrió hacia la barrera

para ver una vez más á Rosa, y cuando el vagón, cargado de aquella mercancía humana, pasó por delante de él, hizo chasquear el látigo y gritó con todas sus fuerzas:

Combien je regrette
Mon bras si dodu,
Ma jambe bien faite
Et le temps perdu.

Luego vió como se alejaba un pañuelo blanco que alguien agitaba dentro del tren.